

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Filosofía para vivir

Delia Steinberg Guzmán



**FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN**

**En agradecimiento
a mi Maestro, Jorge Ángel Livraga**

*...Y no faltaron escapadas a las estrellas, a universos infinitos, dejando vagar la mirada en la noche brillante plagada de luces amigas, buscando el reflejo de la Luna en las aguas o el brillo del Sol en una gota de rocío temprano. Entonces no me di cuenta de lo fácil que era escapar de la cárcel del tiempo.
Hoy, con los ojos cerrados, rememoro tus cuentos y sé que, más que palabras, estábamos viajando sin límites cuando todo a nuestro alrededor era limitado y pesado...*

**Delia Steinberg Guzmán,
octubre de 1995**



El entusiasmo por la filosofía

Es un hecho constatado que la filosofía vuelve a interesar como método para encontrar el perdido sentido de la vida, como un camino al alcance de todos los seres humanos, por encima de las diferencias culturales o de credos religiosos. Para promover este saludable acercamiento a este noble quehacer, la UNESCO ha celebrado recientemente el Día Mundial de la Filosofía, como reconocimiento a esta propuesta vieja y nueva a la vez. Este renovado interés recorre el mundo con saludables recomendaciones de leer y conocer a los grandes sabios como antídoto para la desazón que nos abrumba, en medio de la atosigante superficialidad con que nos enfrentamos a los asuntos importantes, para después sentir el vacío y la angustia de no conseguir descifrar las claves de nuestra existencia.

Pero también sabemos que, a menudo, la manera de abordar esa búsqueda conduce a un cierto escepticismo, pues son tantas y tan diversas las corrientes filosóficas que se nos ofrecen desde la Historia y desde el presente, a veces con conclusiones contradictorias, que nos impiden decantarnos por ninguna en especial y nos quedamos apenas con un relativismo más paralizante aún que la propia negación de la filosofía como vía de conocimiento y felicidad.

Delia Steinberg ha sabido sortear ese eventual escollo y nos ofrece en esta obra una verdadera lección de entusiasmo filosófico, que hunde sus raíces en la mejor tradición socrática y pitagórica, es decir, en el origen mismo del filosofar, al menos por lo que se refiere a la civilización occidental, de filiación grecorromana. La filosofía, como modo de vida, se nos presenta así como una invitación a la acción, a la vez que constatamos que vivimos en un universo en constante cambio y renovación, un ritmo con el que debemos estar en armonía.

No hay en la filosofía de Delia Steinberg propuestas cerradas, a la manera de axiomas o verdades que damos por ciertas, sino una elegante sugerencia, una generosa actitud de querer acompañarnos, una sabia anticipación a las preguntas que empiezan a surgir en nuestro interior, una vez que nos animamos a transitar por el territorio de la búsqueda filosófica. Poco a poco, con su compañía, vamos comprendiendo lo que significa vivir con filosofía, que viene a ser vivir mejor, más plenamente, más sabiamente.

Y si alguna vez sentimos la tentación de detenernos en la mera contemplación teórica de lo aprendido, una nueva pregunta –Delia ha repartido muchas y muy inteligentemente formuladas a lo largo de su obra– nos invita a continuar nuestro proceso de aprendizaje, nuestro diálogo con la filosofía atemporal que nos propone nuestra autora, la gran sabiduría, siempre vigente, a salvo de modas y circunstancias pasajeras. Se trata de someter a nuestras convicciones, a los principios que rigen nuestra

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

vida a la prueba permanente de su operatividad, de su viabilidad efectiva, pues la filosofía de la que nos habla Delia Steinberg es eminentemente práctica y si no nos conduce a obtener las respuestas que buscamos y a plasmar en actos un mundo mejor no tiene el menor valor, es más, no puede considerarse filosofía en su sentido primigenio.

En las páginas de esta obra dialogamos con su autora, a la manera clásica: ella nos ofrece sus sugerencias, y deja espacio y ritmo pautado para que escuchemos el eco que despiertan en nuestro interior. Es tan fuerte su invitación a vivir, a plasmar, a construir que, en ocasiones, sentiremos la necesidad de salir a experimentar sus consejos y descubrir su eficacia., para volver de nuevo a la lectura apasionada de sus hallazgos.

Delia Steinberg ha sabido destilar lo mejor de la Historia de la filosofía universal, que tan bien conoce. Por ello, en sus palabras alienta el eco de su admirado Marco Aurelio, el filósofo estoico que nos enseñó a descubrir la ley universal latiendo en el cielo estrellado, como muchos siglos después haría Kant, con otras palabras. Otras veces, su militante defensa de la libertad del individuo y su responsabilidad social nos recuerda la sabiduría de la antigua China, que Confucio compiló... También reconocemos la mejor herencia de los sabios presocráticos en su alusión constante a la Naturaleza y sus secretos...

Una base sólida y rigurosa avala el trabajo de síntesis que nos ofrece Delia, junto con su larga experiencia de diálogo y comunicación con todo tipo de personas en diversas partes del mundo, que han podido escuchar sus cursos y conferencias.

M.^a Dolores F.-Fígares



(Notas del autor, extraídas de la conferencia titulada «Filosofía para vivir», dictada en Madrid el 16 de noviembre de 2001).

Hablar hoy de vida, de vivir, de filosofía para vivir, adquiere, tal vez, un significado muy profundo porque en estos últimos tiempos nos hemos acostumbrado –desgraciadamente– a que todos los días nos lleguen noticias de destrucción, de muertes, de sufrimiento. Ante esta avalancha que nos cae se nos hace muy necesario plantearnos una vez más la importancia de la vida.

De esto quiero hablar hoy, no de muerte sino de vida. Y, además, aportando una fórmula para la vida, una fórmula muy vieja que se ha utilizado durante siglos y siglos, y es la filosofía: la filosofía para la vida, la filosofía para vivir.

No quiero aburrir a nadie con las mil y una definiciones que se podrían dar sobre filosofía. Estas definiciones dependen mucho de la época, dependen del filósofo, de si se ha enfocado con el criterio del pensamiento oriental o con una mentalidad occidental, o si a la filosofía se le da un valor de un tipo o de otro tipo. Es muy difícil encontrar una definición que nos satisfaga. Por eso me voy hacia atrás, a más de 2500 años, y recurriré a la definición que se atribuye a Pitágoras, tan simple que todos la podemos tener en cuenta, porque Pitágoras no pretendía definir la filosofía sino que contestó a una observación que alguna vez le hicieron sus discípulos.

Se cuenta que quienes rodeaban a Pitágoras y escuchaban sus enseñanzas estaban tan admirados de su profundidad, de su manera de enfrentar la vida y sus misterios que, llevados por esta admiración, le dijeron: –Maestro, tú eres realmente un sabio. Y él respondió: –No, yo no soy un sabio, yo no soy *sophos*, yo soy solamente un *filo sophos*; yo soy un amante de la sabiduría, un buscador de la sabiduría.

Así, según la tradición, se acuñó esta palabra, «filosofía», que significa, ni más ni menos, amar el conocimiento, buscarlo, no sentirse poseedor de él, sino ir detrás de algo que sabemos que existe, aunque tendremos que ver dónde está y cómo lo podemos encontrar.

Este concepto de amor a la sabiduría es el que sirve de fundamento para lo que vamos a denominar filosofía a la manera clásica, y no simplemente filosofía clásica. Si habláramos de filosofía clásica nos podríamos remitir al clasicismo de muchísimas culturas, porque cada civilización, cada pueblo, ha tenido su período clásico, elevado, de oro. Para nosotros, en Occidente, hablar de filosofía clásica es remitirse a la Grecia clásica, a la Grecia de los grandes filósofos, de un Sócrates, de un Platón, de un Aristóteles, y de todos los que vinieron después, y de todos los que estuvieron antes.

Pero esa filosofía clásica nos ceñiría a un tiempo, a una época. Nosotros optamos por *a la manera clásica*. ¿Qué significa a la manera clásica? Significa esa manera de

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

vida que ha llevado a todos los pueblos a un período clásico, de oro, a su punto culminante. Es buscar el denominador común que ha permitido a todas las civilizaciones llegar a ese momento tan especial y elevado. ¿Cómo lo han hecho? Buscando la sabiduría de una manera amplia, general, haciendo de la filosofía algo que se pueda aplicar a todos los campos de la vida y no solamente a un núcleo determinado de definiciones o a una parte específica del pensamiento.

Todos los pueblos que han llegado a una Edad de Oro han empleado su filosofía como un abanico inmenso que se despliega y abarca todo, y que puede encontrar soluciones, respuestas, vías de acción para cualquier actividad humana. Por eso nos interesa una filosofía para vivir a la manera clásica, una filosofía que haga despertar en nosotros también una cumbre, un espíritu clásico, un estado superior, una chispa de oro.

Esta filosofía a la manera clásica es la de las grandes preguntas y la de las necesarias respuestas. Está bien preguntarse, todos nos hacemos preguntas, pero no podemos vivir solo de preguntas. Vivir de preguntas es como acercarse a una mesa bien servida, repleta de manjares, pero no poder comer ninguno. Todos nos hacemos preguntas, pero lo que realmente nos alimenta es la respuesta.

Esta naturaleza inquieta del hombre, que lo lleva a plantearse interrogantes, es algo ancestral, muy antiguo. Desde que el hombre es hombre se hace preguntas. Y si hoy nos parece que ha dejado de hacérselas, no nos engañemos. Sigue teniendo las mismas inquietudes.

Sucede que algunos están muy cansados de no encontrar respuestas y, ante ese cansancio, optan por olvidar sus preguntas.

Otros están cansados de encontrar muchísimas respuestas, tantas que no saben qué hacer con ellas; tantas que varias son contradictorias entre sí, y cuando uno no sabe qué elegir ni cuál de estas respuestas es la que vale, las deja todas de lado.

Otros están cansados de que nadie les muestre un camino práctico, simple, para encontrar las respuestas, ya que también hay que aprender a encontrarlas. Si, como en todas las cosas de la vida, no tenemos a alguien que nos enseñe a hacerlas, alguien que nos indique por dónde ir, o cuáles son las respuestas, cómo encontrarlas y qué hacer con ellas, pasamos de largo sin advertir que tenemos preguntas importantes.

No pensemos que hoy la gente ha perdido el interés o que carece de inquietudes. No. Simplemente, se han cansado, y hay que devolverles una esperanza a través de una filosofía que sea tan atemporal, tan sin-tiempo y tan sin-moda como esas mismas preguntas, humanas, de siempre, que no siguen ninguna moda.

Para responder a esas preguntas profundas, íntimas, no podemos recurrir a una filosofía de moda. Tenemos que recurrir a una filosofía atemporal. La que está de moda nos va a decir hoy una cosa y mañana otra. Además, para estar de moda hay que ser original. Para estar de moda, no se puede decir lo que dijo otro.

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Una filosofía atemporal no puede estar de moda ni puede pertenecer a nadie. Una filosofía atemporal que responda verdaderamente a nuestras inquietudes, además de no estar sujeta a la moda, tiene que ser práctica, muy práctica.

Cuando tenemos una inquietud y nos ofrecen una respuesta, hay que poder llevarla a la vida. Si una respuesta es práctica significa que es vital, que la puedo introducir en mi manera de vida. Si no puedo hacer nada con esa respuesta, ¿para qué la quiero? Si la respuesta no va a pasar nunca más allá de mi mente, ¿para qué la quiero? Si la respuesta no resuelve mis problemas ni mis dolores, ¿para qué la quiero?

Esta es, pues, una filosofía para la vida, práctica, atemporal. Es la que, creo, buscamos todos...



*Toda la vida es un largo viaje y la velocidad
no es más que una ilusión; no importa el carruaje
que usamos, sino el camino que andamos*
Delia Steinberg Guzmán

La evolución, una necesidad del alma

Como filósofos, no nos satisface la idea de una Humanidad estática, sometida al logro de avances materiales, pero sin mayores modificaciones internas. La evolución se impone como algo necesario y admirable, como un camino más o menos largo según nuestro deseo de andar, y con unas metas tan altas como grandes son esas escondidas aspiraciones del alma que se manifiestan en vagas intuiciones despojadas de palabras. Todo ello, enmarcado en el maravilloso e inevitable concepto de Destino.

Un camino largo o corto: depende de nosotros

Respecto a la longitud de nuestro camino, debemos recapacitar y constatar que el camino será tan largo como lenta sea nuestra decisión de evolucionar realmente.

Si jugamos a «ser» mientras seguimos manteniéndonos en la inopia de todos los días, el camino será largo, muy largo... Si cada día, en cambio, es un tiempo precioso para hacer algo concreto en relación con nuestro despertar interior, las distancias se acortarán prodigiosamente. Y puede que tras esos pequeños logros que hemos señalado más arriba, se produzcan en nosotros transformaciones que ni habíamos llegado a imaginar.

¿En qué nos ayuda la filosofía?

Estudiamos filosofía para buscar la sabiduría que nos falta, para descubrir paulatinamente las leyes que rigen la vida y, por lo tanto, a nosotros mismos. Para gobernar nuestras personalidades y hacerlas más armoniosas y para ofrecer a los demás el resultado de nuestras experiencias, evitándoles, si es posible, dolores innecesarios. Para conocer el porqué de tantos hechos que aparentemente resultan incongruentes: dolor, enfermedad, miseria, violencia, locura, odios, miedos... Para reconocer, tras las incongruencias, ejercicios que nos pone la vida para colaborar en el avance evolutivo que pretendemos. Para ser activos ante la Historia y no dejar pasar el tiempo en vanas lamentaciones. Para apoyarnos en los legados de la tradición y generar nuevas vías de

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

transmisión hacia el futuro. Para despertar el sentimiento dormido de solidaridad humana y ver a todos como seres dignos de nuestra comprensión. Para desvelar el misterio de Dios y cubrir nuestras almas con esos velos misteriosos, devolviéndolas a su patria de origen.

¿Qué hemos de ganar? ¿Hace falta mayor ganancia que la expuesta en las líneas anteriores?

¿Tener más o ser mejor?

Se trata de ser más, antes de querer tener más. Después de todo, son muchos los que vienen demostrando que se pueden tener muchas cosas, malgastarlas o perderlas en un día, pero pocos los que demuestran poseer la llave del ser interno, el control de su existencia, de sus emociones, la comprensión para el dolor, la fortaleza para las pruebas, la sabiduría para distinguir quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos.

Tras una filosofía activa

La desgraciada deformación de las ideas y de las palabras que las representan ha hecho que casi siempre se confunda la filosofía con una actitud pasiva y meditativa, como una fórmula mental que no tiene por qué poner en marcha nuestro cuerpo físico ni influir en nuestros sentimientos.

Ser filósofo no es lo mismo que estudiar filosofía

Una filosofía que no se siente, que no se ama, un conocimiento que no nos conmueve, que no nos hace vibrar, ¿para qué sirve?, ¿para que vibren las neuronas? Es muy poca cosa.

Necesitamos que vibren nuestras neuronas, de acuerdo, pero también el corazón. Necesitamos que un fuerte sentimiento acompañe todo lo que pensamos.

Y el asunto no termina allí: hace falta pensar, sentir y actuar. Y hace falta poner de acuerdo lo que pensamos, lo que sentimos y lo que hacemos, y cuando esos tres elementos están de acuerdo, entonces somos filósofos, porque hay una enorme diferencia entre estudiar filosofía y ser filósofo.

Estudiar filosofía puede hacerlo cualquiera. Puede gustarle o no, puede entenderla o no, pero la puede estudiar. Ser filósofo es algo diferente. Es una actitud, es un arte. Sin embargo, también lo puede ser cualquiera. Precisamente, es mucho más fácil ser filósofo que estudiar filosofía, porque ser filósofo lo es cualquiera que se haga preguntas con una auténtica inquietud, con sinceridad, y emprenda también con since-

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

ridad la búsqueda de las que serán las respuestas. Lo que queremos es ser filósofos y no simplemente estudiar filosofía.

Filosofía constructora

Proponemos una filosofía para un ser humano constructor, para un constructor de sí mismo. Considero que este es el título más grande que pueden concedernos. Si alguna vez nos gustara obtener una condecoración, un título, todos deberíamos pedir este de constructor, para ser constructores de nosotros mismos y de las sociedades en las cuales vivimos, para poder mejorarnos a nosotros mismos y el mundo en el que vivimos.

Filosofía como amor y transformación

Si la filosofía es amor a la sabiduría, en virtud de ese amor debe surgir el movimiento. El amor no puede quedarse quieto porque busca lo que necesita, lo que ansía.

Ser filósofo requiere movimiento, porque es:

- * Un amor que siempre pide más e impulsa a andar para conseguirlo.
 - * Una actualización permanente de todo lo que se sabe o se cree saber. Releer lo que se ha leído, volver a escuchar lo que se cree haber entendido, porque esta nueva búsqueda proporciona nuevos tesoros.
 - * Una actualización permanente de los medios a emplear para conseguir los resultados propuestos. Nosotros no somos siempre los mismos, y lo que ayer pudo haber sido herramienta hoy puede ser obstáculo en el camino.
 - * Una revisión y transformación de sí mismo. La revisión es una forma de nacer todos los días.
 - * Una comprensión por quienes nos rodean, por sus sueños y necesidades.
- "Hacer las cosas por uno mismo es de sabios, pero no tener de quién aprender es de ignorantes".

La naturaleza de la filosofía

Imaginemos un árbol. Su vida vegetal se expresa en una naturaleza fundamental de madera. Su tronco de madera se expande en múltiples formas de vida, en numerosas ramas que se abren en todas las direcciones. A su vez, las ramas se cargan de hojas, flores y frutos cuyas particularidades dependen del tipo de árbol.

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Pero sería insensato por nuestra parte definir el árbol por la cantidad y tamaño de sus ramas, o de sus hojas, sus flores y sus frutos. Lo que nos importa es cómo se manifiestan y la relación que mantienen con su tronco, de tal forma que, sin tronco, tampoco existiría lo demás.

Así es la naturaleza filosófica. Es el tronco firme del árbol. De su estabilidad y su inalterable condición de madera, dependerán sus ramas y hojas, y la calidad de sus flores y frutos.

Si nuestro tronco es el amor a la sabiduría, la fuerza del amor dará lugar a las ramas del saber, y de allí vendrán las flores del conocimiento, que se convertirán en frutos para la Humanidad.

La naturaleza filosófica tiene la doble cualidad de buscar y de dar, de encontrar y de compartir, de ser ricos y generosos al mismo tiempo.

Continuando con el árbol, una cosa es lo que se ve y otra es la raíz que se esconde en el interior de la tierra, que constituye, sin embargo, su aspecto más importante.

Sin raíz no hay vida, y sin vida no hay filosofía. ¿Cómo puede haber amor a la sabiduría si no hay vida? El amor es esencialmente vital, necesita raíces que lo alimenten y le permitan sobrevivir a todas las tormentas y dificultades.

Las raíces escondidas no intentan escapar de la búsqueda sincera del que participa de la naturaleza filosófica. Solamente piden una búsqueda más profunda, dirigida a las causas y no a los efectos evidentes.



De los sueños a las acciones

Nuestras ideas son válidas en la medida en que son buenas y justas para nosotros y para todos, y en la medida en que podemos unir las a los mejores sentimientos para luego aplicarlas de la manera más adecuada. Una idea aislada, sin sentimiento y sin acción consecuente, es una idea condenada a muerte.

La práctica de la vida cotidiana se encarga de mostrarnos lo difícil que resulta llevar a los hechos aquello que pensamos; más bien solemos quedarnos en el nivel de los sueños o, mejor dicho, de las ensoñaciones, calmando así nuestros deseos y evitando el esfuerzo que necesita toda idea para convertirse en una realidad concreta.

Aprendiendo a actuar

Hay que llegar a saber lo que aprendemos, es decir, extraer de las páginas de los libros aquellas ideas que, en la medida de cada cual, pueden incorporarse a nosotros, sobre todo cuando las aceptamos como válidas y necesarias. Hay que aprender a actuar, hay que saber equivocarse día a día y volver a empezar con la alegría del que conquista un camino nuevo. Pero, sobre todo, más allá de errores y desilusiones, hacer, mover algo en nosotros y en el mundo. Lo demás no es filosofía sino gimnasia mental. Pregúntate a menudo qué aprendes y qué sabes: mide lo que haces y podrás responderte a ti mismo.

Del conocimiento intelectual a la acción

No bastan el estudio y la lectura, ni siquiera la meditación sobre lo leído y estudiado. Hace falta saber actuar de acuerdo con lo aprendido intelectualmente, y toda acción requiere un aprendizaje paulatino hasta llegar a la perfección. Hace falta seguridad y confianza en sí mismo para conseguir llevar a la práctica lo que queremos ser; no ceder ante las dificultades, no pensar jamás que no podremos conseguir lo que hemos planeado. Al contrario, hay que lanzarse con decisión y alegría a las exigencias nuevas y hacerles un sitio importante porque lo merecen; los logros serán más adelante la consecuencia natural.

¿Curiosidad mental o deseo de saber?

La curiosidad mental no es más que un escozor superficial y vano, pero el deseo de saber, sumado a un corazón ardiente y decidido, vale más que miles de palabras insulsas. El deseo de saber y un corazón decidido se manifiestan de una manera inconfundible: trabajando, esforzándose sin desmayo cuantas veces sea necesario, volviendo sobre nuestros errores hasta corregirlos, repitiendo nuestras tareas hasta conseguir una mínima perfección.

Ideas e ideologías

Las ideas, cuando no están sólidamente sustentadas, mueren rápidamente. Los hombres nacen y mueren; las ideas también. Y las ideologías, como estudio, interés o desarrollo de las ideas, mueren como todas las cosas. Los que no mueren son los que viven las ideas, los que las encarnan de una u otra forma en unos u otros momentos de la Historia.

Debemos aprender a valorar las ideas más sólidas, las más permanentes, y estar atentos a las que mueren para dar cabida a las que nacen, que son, después de todo, las mismas que vivieron alguna otra vez, con otros ropajes y en otras circunstancias. Más o menos como los hombres, más o menos como la vida misma.

Las ideas y su aplicación

Lo que ha sido elaborado en el plano de las ideas y de las imágenes tiene que plasmarse de una forma u otra en hechos concretos. Aunque los resultados no sean óptimos ni definitivos, lo importante es comprobar que tenemos fuerzas para convertir un pensamiento en una acción efectiva.

Entre los sueños y las realidades existe la misma distancia que entre las ideas y las acciones. Sueños y realidades son los dos platillos de una balanza que debe mantenerse en equilibrio para avanzar por la vida con menos dolor, menos fracasos y, al contrario, más alegrías y victorias.

Lo fácil y lo difícil

Lo fácil es lo que ya me pertenece y lo difícil es lo que debo conquistar.

Ninguna persona, hombre o mujer, conoce su fuerza moral antes de haberla ensayado; son miles los que el mundo considera muy dignos y respetables porque jamás fueron sometidos a prueba

Helena P. Blavatsky

¡Yo puedo! ¡Yo puedo!

Los problemas no están para aplastarnos, sino para poner a prueba nuestra capacidad de superación. Y si no ensayamos continuamente las formas de salir adelante, aun en las peores circunstancias, el miedo será cada vez mayor y la desconfianza en uno mismo crecerá proporcionalmente.

Todo problema tiene solución y hay que encontrarla. Lo que no se puede pretender es una solución perfecta ni definitiva. Lo perfecto y lo definitivo no son plantas de este mundo. Hay soluciones más o menos buenas que sirven para poder continuar con la marcha; más adelante podrán mejorarse o podrán variarse en la medida en que aparezcan nuevos problemas, cosa inevitable en la escuela de la vida.

Pero hay que probar, hay que usar las propias fuerzas, hay que atreverse a empezar y no echarse atrás ante los fracasos. Como todo lo que implica aprendizaje, hacen falta ensayos, errores y correcciones. ¡Pero cuánto más tranquilizador es sentir que podemos, que esos pequeños poderes que dormían en el interior empiezan a manifestarse! ¡Yo puedo, yo puedo!, es algo que debemos repetirnos continuamente para dar salida a las naturales potencias humanas.

El arte de hacer preguntas y el arte de escuchar las respuestas

Es bueno preguntar, pero no es bueno hacerlo exageradamente hasta el punto de depender por completo de las indicaciones externas que recibimos. Hay que saber hacerse preguntas y buscar primero una o varias respuestas por uno mismo; si ninguna es conveniente, entonces hay que recurrir a quien nos puede ayudar.

El camino del verdadero conocimiento no se edifica sobre preguntas y respuestas que se alternan en un juego dialéctico sin contenido y sin resultados. El conocimiento es tranquilo, pausado, para dar lugar a la reflexión y a la asimilación interior: una pregunta es una puerta abierta y una respuesta es un nuevo personaje que entra a formar parte de

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

nuestra vida. Hay que dar lugar a la respuesta, al personaje que nos trae un aporte digno de tomarse en cuenta.

¿Ensayamos?

Nadie sabe hacer las cosas bien desde el primer instante. Todos, hasta los más grandes sabios y Maestros, han necesitado su período de práctica y aprendizaje. Todos han probado –y nosotros también debemos probar– cómo se aplican los conocimientos, cometiendo los errores propios del que ensaya. Y avanzando también, poco a poco, como todo el que ensaya a conciencia. No es cuestión de repetir acciones de manera automática, o forzar situaciones formales; es hacer lo que nos hemos propuesto, viéndonos a nosotros mismos desde afuera, para observarnos y comprobar si nos equivocamos o si, a pesar de las equivocaciones, vamos mejorando paulatinamente.

Pero ¡cuidado! A pesar de que a veces creemos haber mejorado –y ciertamente lo hemos hecho– eso no quita que podamos volver atrás, a los mismos errores que creíamos superados. No hay que asustarse: si «volvemos atrás» es que no habíamos superado tantos peldaños como creíamos, o que nuestra conquista necesitaba un refuerzo para ser más sólida. La diferencia entre los errores primeros y las «vueltas atrás» es que en el segundo caso nos damos cuenta de lo que pasa, y eso es mucho. Es bastante como para seguir insistiendo.

Nuestra maestra: ¡la vida!

Es fundamental entender que lo que nos pasa tiene una razón, y que el destino, la vida, los dioses, o como se quiera llamar al encadenamiento de causas y efectos, no es una casualidad caprichosa.

Para salir victorioso de una prueba, por difícil que nos resulte en principio, hay que conocer sus causas, las muchas causas que desembocan en el efecto presente.

Conocer las causas es el primer paso necesario para llegar a las soluciones. Pero el solo conocimiento no es suficiente para resolver un problema.

Ese conocimiento, que no va más allá del plano racional o que, como mucho, produce un cierto impacto emocional, se esteriliza si no sigue la vía natural hasta llegar a la acción.

El segundo paso indispensable para que el karma¹ cumpla con su misión formadora del ser humano, es entrar en acción.

¹ Karma: según la filosofía hindú es la ley que enlaza las causas con sus efectos correspondientes, de modo que toda acción genera su reacción o efecto.

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Sabemos que estamos ante una dificultad en la vida. Hemos analizado las posibles causas. Ahora hay que preparar un plan de acción y ponerlo en práctica. Sobre todo, ponerlo en práctica. No importa que el plan ideado no sea perfecto y que no acabe con los problemas. Es mejor equivocarse en la acción que permanecer inactivo por miedo a equivocarse. El que se equivoca, pero actúa, integra dentro de sí el ejercicio del movimiento, de la marcha, rompe la inercia y combate el miedo. Y aún más: desarrolla la inteligencia como para poder reconocer paulatinamente cuáles son las decisiones mejores y más acertadas.

Nos preguntamos qué es vida y respondemos: energía. Nos preguntamos qué es amor. Es también energía. Por lo tanto, y esto es lo que interesa, la vida es energía, la vida es amor. Donde hay vida hay unión. Donde hay vida hay cosas que se acercan unas a otras, que se conjugan unas con otras, que se armonizan unas con otras

Delia Steinberg Guzmán

La fatiga crónica

La falta de conciencia en lo que hacemos –no estar presentes en lo que hacemos– nos cansa mucho más que si nos obligáramos a participar de cada uno de nuestros actos. Ese cansancio mal acumulado acorta cada vez más nuestros períodos de rendimiento positivo. Correr sin respirar, abusar de las emociones egoístas o deprimentes sin salir de ese ámbito, girar continuamente sobre las mismas ideas circulares sin buscar soluciones lleva al agotamiento indefectiblemente.

Descansar en estas condiciones es muy difícil, por no decir imposible. No vale respirar de vez en cuando mientras se bracea nadando, ni embotarse unos días para no pensar en nada e intentar olvidar las emociones que nos acongojan. Estos descansos son disfraces, subterfugios, trampas poco sutiles, ilusiones que, en cuanto desaparecen, dejan lugar al viejo cansancio y no reportan energías para empezar nuevos ciclos de trabajo con mayor entusiasmo.

Saber descansar

Cansan las cosas que no nos interesan o por las que no sabemos interesarnos; cansa no saber respirar en medio del trabajo; cansa la mecanicidad aburrida que no deja intervenir a la conciencia.

Descansa el interés por lo que hacemos, el ver con mirada renovada y ansiedad de aprendizaje todo lo que nos rodea y todo cuanto sucede en nuestro mundo, el ser siempre nosotros mismos y estar con toda el alma en todo lo que nos incumbe. Llenarse de aire limpio, mirar el cielo y perderse en él, ver bailar el fuego o correr el agua, acariciar las hojas de una planta o jugar con un animalito doméstico; conversar con los que amamos o leer a los que admiramos; compartir una mesa, un paseo o una taza de café; saber que somos eternos y saber que tenemos todo el tiempo necesario para hacer las cosas más pequeñas y las más grandes.

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Descansar, después de todo, es no cansarse fuera de tiempo y lugar con aquellas cosas que no merecen nuestro cansancio.

El secreto de la energía

El difícil arte de ser uno mismo exige la renovación constante de las energías puestas en juego. Todos tenemos un cupo de energía que, si lo agotamos en los primeros intentos, se desvanece y nos deja la sensación de vacío y desconcierto. La energía, como todas las fuerzas del universo, se gasta y se renueva dentro de su mismo ciclo. La energía que se pone en acción conscientemente, genera de manera automática nuevas fuentes energéticas que nos servirán para continuar mañana, y mañana... como si fuéramos cada vez más poderosos.

El esfuerzo pone en marcha nuestra energía

Todos tenemos una cierta cantidad de energía a disposición, por lo general mucho mayor de la que suponemos, solo que, al no utilizarla, se nos antoja débil y reducida.

Esa energía vale para todos los planos humanos, desde la base físico-corporal hasta la sutileza de la voluntad. Es fácil imaginar un esfuerzo físico aunque no sea tan fácil hacerlo, pero al menos sabemos de qué tipo de energía se trata. Pero no es tan sencillo reconocer el esfuerzo, la energía a nivel psicológico, mental, moral, espiritual.

En los planos más sutiles, el esfuerzo se relaciona con el buen ánimo, con el ánimo elevado. Psicológicamente es la energía que nos permite mantenernos serenos, estables, alegres, alejados de emociones negativas y obsesivas. Hay que esforzarse, hay que emplear mucha energía para lograr ese ánimo tan particular, pero vale la pena.

Mentalmente, la energía se emplea en clarificar todas las ideas que vamos adquiriendo, en lugar de movernos en complejas nebulosas donde nada tiene contornos definidos. Es la energía necesaria para ordenar todas nuestras ideas, enlazando armónicamente unas con otras, en la maravillosa arquitectura del pensamiento. Hay que esforzarse para hacer de la mente un mundo de formas organizadas y válidas, y claro está que vale la pena.



*Uno de los mayores errores de los hombres:
saben cómo se hacen las cosas, pero llegado el momento,
las realizan como si no lo supieran...
El problema no está en saber más, sino en vivir lo que se sabe*
Jorge Ángel Livraga

**No actuaré:
¡las circunstancias no son favorables!**

Esto se traduce más o menos como: cuando todo esté bien, cuando cada cosa esté en su sitio (o el que yo considero que es su sitio), cuando todos los astros estén en conjunciones favorables, cuando el clima sea propicio, cuando se resuelvan algunos problemas que tengo pendientes, cuando se terminen las obras de mi casa, cuando cambie de trabajo, cuando acabe mis estudios..., entonces podré actuar sin riesgos.

No hace falta decir que ese cúmulo de circunstancias jamás se dará tal y como lo deseamos. O lo que deseamos es tan imposible que lo planteamos así precisamente para huir de la acción.

Cada acción tiene su momento y su lugar, y aunque va unida a otras muchas circunstancias, goza de cierta independencia. Si así no fuera, jamás haríamos nada.

Tal vez dando independencia a las acciones que debemos realizar, llegaremos a resolver cientos de circunstancias exteriores adversas.

Si actúo, ¿qué van a pensar los demás?

Esto se traduce más o menos como: ¿qué dirá la gente?, ¿qué pensará de mí?, ¿no perderé el afecto y el respeto de la gente?, ¿sabrán entender, valorar, justificar lo que voy a hacer? Y así otros muchos argumentos que expresan el miedo que tenemos a no contar con la aprobación o el amor de la gente, de la que nos toca más de cerca y de la que tiene algo que ver con nosotros, aunque sea desde lejos.

Por duro que resulte aceptarlo, la gente que nos quiere de verdad tratará de comprendernos hagamos lo que hagamos y, sobre todo, si hacemos aquello que consideramos justo y necesario. Y la gente que no nos quiere seguirá sin querernos hagamos lo que hagamos. No por satisfacer a unos y a otros conseguiremos despertar su

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

cariño; el que da su afecto a quien le concede sus gustos, nos quitará ese afecto al menor cambio de humor o de actitud por nuestra parte.

Sin dañar a las personas de manera fría y cruel, todos tenemos nuestros propios deberes que cumplir. Si cumplimos con aquello que necesitamos y vemos como indispensable para nuestro crecimiento, no haremos más daño a los demás que reduciéndonos a la inercia y la apatía. Además, las otras personas también tienen sus acciones que realizar, y vernos a nosotros decididos y claros en nuestros objetivos podrá ayudarles mucho más que vernos sumidos en la incertidumbre.

¿Nos piden los demás permiso para actuar? ¿Cuántos de los que nos rodean o de los que viven en nuestras calles y ciudades cuentan con nuestra aprobación previa para dirigir sus vidas? ¿Y por qué nosotros estipulamos esas condiciones falsas acerca de la aprobación de los demás?

No proponemos un libre egoísmo, según el cual cada cual hace lo que quiere. Solo defendemos la natural libertad de acción que tiene cada ser humano, sin herir a otros, pero sin herirse tampoco a sí mismo.

El miedo al fracaso

El miedo al fracaso imposibilita la acción para alcanzar el éxito. Antes de empezar a hacer nada, la mente y las emociones nos plantean la terrible posibilidad del fracaso, y antes de asumir ese riesgo se elige el otro riesgo mayor, que es el de fracasar de todas maneras, porque el que nada hace, nada consigue.

Solo quedará el amargo sabor del miedo al fracaso, antes de haber probado nada, o tras un primer intento fallido.

La acción aleja el fracaso.

¿Decidirán las circunstancias por nosotros?

Si bien son muchos los que odian tener que decidirse entre una y otra cosa, la vida entera es una constante elección, y si no sabemos asumir esta responsabilidad de manera personal y consciente, la vida se encargará de elegir por nosotros, llevándonos de un lado a otro, haciendo que sean los sucesivos golpes de dolor los que despierten nuestra voluntad de decidir sobre lo que verdaderamente nos conviene.

De la inercia a la estabilidad: actuar con conciencia

Aparentemente, la inercia y la estabilidad son similares. La gran diferencia se encuentra en el grado de conciencia que distingue a una de otra. Para permanecer inertes no hace falta conciencia; para conquistar la estabilidad hay que haber pasado por todos los grados del movimiento, superándolos y sintetizándolos en ese equilibrio dinámico que encierra un corazón activo, consciente.

El desarrollo de la conciencia en cuanto a vivencias concretas y experiencias válidas claramente asumidas es la acción que nos corresponde realizar si aspiramos al conocimiento. Tenemos que ir desde los estados iniciales de quietud inconsciente hasta la vibración permanente del ser que todo lo abarca desde el centro de su propia esfera. La acción así concebida es una llamada a la evolución.

No es el conocimiento el que nos transforma, sino la acción que podamos derivar de lo que sabemos. Tampoco son los sentimientos los que nos modifican, sino la expresión adecuada que hagamos de ellos. Ni tampoco es la energía acumulada la que nos enriquece, sino la que ponemos en marcha. No son las manos quietas las que cambian el rumbo de la Historia, las que detienen el dolor o traen el bienestar; solo las manos en acción pueden lograr ese milagro.

El trabajo aumenta nuestras aptitudes

La vida es una corriente que fluye, que está en movimiento. Así, nos corresponde fluir, movernos, actuar, trabajar....

La acción es una enorme fuente de energía por la que llegamos a gozar de la vida, más que a sufrirla. Esa energía nos hace creativos, nos ayuda a resolver las más difíciles situaciones, nos permite ver las cosas por adelantado sin necesidad de ser «adivinos». Y es que la acción tiene en sí la magia del movimiento. El que trabaja, desarrolla y acrecienta sus aptitudes; es el trabajo el que nos ayuda a descubrir vocaciones ocultas y a obtener realizaciones insospechadas. Fortalece nuestra voluntad y nuestra inteligencia; nos enseña a amar.

La acción como liberación

En lugar de buscar la liberación a través de la acción, se busca liberarse de la acción, y como ello es imposible, la acción se convierte en un sacrificio en el mal sentido de la palabra. Al contrario, si hacemos de nuestro trabajo un «sacro-oficio», es decir, un quehacer sagrado, una ofrenda constante a Dios y a nuestra propia condición humana, el trabajo es entonces un principio de liberación.

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

El mejor trabajo es el que no aprovecha la energía y el esfuerzo de los demás, sino que pone en juego la propia energía y el propio esfuerzo. Así, la acción se convierte en servicio y el que trabaja, en filósofo.

El anhelo del bienestar

Vivimos en un mundo en el que el bienestar se ha convertido en el primer artículo de consumo. Al menos, es lo que sucede en los países llamados desarrollados... No es extraño que para muchos esa búsqueda se convierta en el motivo de su existencia.

Sin embargo, la vida cotidiana y real nos muestra un panorama bien diferente. Buscar el bienestar es una carrera sin fin.

El que busque –apasionadamente, desesperadamente– un bienestar que esté fuera de uno mismo entrará en un laberinto de difícil salida, tanto que puede pasarse toda su existencia surcando vías erróneas que conduzcan a otras más equivocadas todavía. El que se halla en esta situación siempre vivirá dependiendo de las personas y las circunstancias: será tan feliz como se lo permitan las personas con las que convive y tendrá tantas o tan pocas satisfacciones como lo dicten las circunstancias.

La base de todo bienestar parte del alma, la cual, citando al profesor Jorge Á. Livraga, «no desea bienestar porque es naturalmente bienaventurada». Hay que buscar en el alma la medida de nuestro bienestar, porque el alma, en buen estado, es la fuente de todo bienestar.

La inactividad no existe

Es imposible permanecer inactivos, si bien en algunos momentos nos puede parecer que nada se mueve en nosotros. Las leyes de la Naturaleza nos obligan a una constante actividad, sea en el plano mental, psicológico, físico o todos en conjunto. Pero el hecho de que todos los aspectos de la personalidad estén en acción continua no significa que se trate de una acción correcta.

Hay acciones mecánicas, habituales, que nada agregan a nuestro discernimiento ni a nuestra evolución. Son simples movimientos, los inevitables movimientos de un mundo en el que todo vibra, en el que todo está en acción. Y si bien esos movimientos, a la larga, conducen hacia el perfeccionamiento, no es lo mismo ceder a la lentitud inconsciente de la corriente de vida que trabajar conscientemente con y por las leyes de la Naturaleza.

**FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN**

Ser serviciales

El servicio suele relacionarse indebidamente con un trabajo pesado, esforzado y obligado. Pero, al contrario, es la acción más libre del ser humano, mediante la que expresa su necesidad de dar y lo hace con alegría, con sana entrega y con la conciencia de que sus actos cobran valor gracias al desinterés que los mueve.

Los imposibles para el hombre son las cosas posibles para Dios
Jorge Ángel Livraga

Vencer el miedo

¿Que el miedo es el primero de los enemigos en el camino de la sabiduría? Ya lo sabíamos, pero hay que experimentarlo. La sabiduría no es llenarse la cabeza con ideas que nunca se aplicarán (precisamente por miedo o por cobardía, o por comodidad, que es otra de las formas del miedo y la cobardía); sabiduría es aprender a vivir, a evolucionar, llegar a sentirse más firmes y seguros.

Es evidente que para llegar a la sabiduría hay que atravesar muchos caminos desconocidos, hay que abrirse paso por la intrincada selva de las experiencias; quedarse atrás por miedo, creer que evitaremos estos encuentros con lo desconocido, es apenas aplazar el sentido inexorable de la vida, y aun peor, vivir lo que nos queda por delante con la sombra permanente del temor, de lo que se pudo hacer y no se hizo a la espera del héroe interior cuyo nacimiento se abortó en la mediocre comodidad del que no quiso vencer obstáculos.

La vida es un tesoro de sabiduría cuando se aprende a vencer el miedo en cada paso. Se trata de tu vida, de tus pasos. No tengas miedo.

¿En qué reconocemos el verdadero valor?

Si bien hay quienes hablan de un valor reflexivo y otro instintivo, creemos –siguiendo a Platón– que, cuando se dan estas dualidades de manera tan clara, es porque el individuo no ha sabido poner orden dentro de sí mismo. Habiendo orden –una forma de llamar a la justicia– hay acuerdo entre su reflexión racional y sus emociones, por instintivas que sean.

Si el instinto predomina, el valor se convierte en temeridad y lleva al hombre a enfrentar peligros que están fuera de su alcance, o que solo satisfacen su vanidad, en cuyo caso se acerca más al fracaso que a la victoria. Si solo predomina la reflexión fría, es posible que no estemos ante un hombre valiente, sino simplemente indiferente. Como bien sabemos, en nuestro mundo de dualidades, esa indiferencia no es precisamente una virtud: el que no conoce el temor, el que jamás ha sentido miedo, no puede distinguir el valor o capacidad de sobreponerse al miedo.

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Así, llegamos a la conclusión de que el valor es un elevado sentimiento, y es elevado precisamente porque se expresa cuando se convierte en aliado de la inteligencia. El valor –cólera platónica– que actúa en favor de los instintos no es tal valor, sino la fuerza desatada de lo instintivo.

Dominar la cólera y desarrollar el coraje

El hombre colérico es un esclavo por doble partida. Lo es de sí mismo, porque una parte de su alma, la más burda y basta, puede más que su alma sutil y pensante. Lo es también de los demás... La pérdida del propio control lo deja bajo el control de quienes saben aprovechar esta circunstancia en su beneficio. El alma del colérico está en manos de los demás... ¡Qué fácil es enfadar al colérico con los argumentos que le hacen estallar! ¡Qué fácil es entonces lograr que tome las determinaciones que su «amo» circunstancial le inspira! El dueño de la situación le hará creer que es él quien dirige sus actos y sus palabras, pero todo está previamente decidido...

Es bueno dominar la cólera, y mucho mejor todavía cambiarla por el coraje. El coraje pone en juego el verdadero corazón, la verdadera alma humana. El coraje es el valor de ver las cosas tal cual son, de moderar las emociones, de escuchar, interpretar ideas, escoger lo válido, desechar lo inservible, actuar con justicia.

El miedo y la ignorancia

¿A qué cosas podemos tener miedo? A las que no conocemos, a las que no sabemos cómo enfrentar. ¿Qué es entonces nuestro miedo, nuestras dudas? Ignorancia, pura ignorancia.

Cuando conocemos algo, cuando se hace la luz, cuando vemos lo que hay a nuestro alrededor y en nosotros mismos, el miedo y las dudas desaparecen.



Entender la Naturaleza

Nuestra intención es despertar el respeto a la Naturaleza por ella misma, por su valor vital y por el agradecimiento que le debemos en todos los sentidos, desde nuestra subsistencia física hasta los extraordinarios mensajes de sabiduría que nos imparte en cada instante.

La Naturaleza no es solamente un «ambiente», un decorado del que extraemos elementos indispensables para la existencia. Es un ser vivo, un gran ser difícil de comprender en su inmensidad y en su variedad que, a su vez, incluye infinitas formas de existencia, entre las que los humanos no podemos dejar de contarnos. Es imposible respetar la Naturaleza mientras pensemos que nosotros y algunos otros seres vivos somos un caso «aparte», que la Naturaleza es una cosa y los demás somos otra. O, como mucho, incluir en ella a las piedras, las plantas y los animales –¿caben también los innumerables mundos celestes?–.

¿Dónde está en la actualidad nuestra capacidad de aprender de la Naturaleza viva? Y, por otra parte, ¿cómo aprender de ella si no nos consideramos parte de ella? ¿Cómo conectarnos con algo que nos es ajeno? ¿Cómo entender la lección de unidad que nos ofrece si empezamos por ponernos fuera de esa unidad?

Efectivamente, la Naturaleza está llena de ejemplos valiosísimos, pero hay que sumergirse en ella y leer en lo que nos ofrece, independientemente de los libros que tengamos a nuestro alcance. En más de una oportunidad al alma le hace falta esta otra lectura, callada, simple, en la que sobran las palabras y afloran las ideas. Cuando entramos en contacto con la Naturaleza se produce ese prodigio: a falta de palabras brotan ideas, viejas y nuevas, que se prenden una y mil veces en el corazón del que siente que, más allá de todos los cambios que hubo en el mundo, en la Tierra que nos acoge, la Naturaleza ha sido y será siempre.

Hablan la montaña y la piedra

No quiero describir la grandiosidad de las montañas, las adustas y áridas, las sobrecogedoras por su altura, las que emocionan con el verdor de sus árboles... Ellas hablan en su permanente lenguaje de estabilidad, de constancia, de saber ser y estar.

Pero a su lado está la piedra pequeña, esa que atrae nuestra atención a orillas del mar, radiante en su humedad y en el brillo que le da el Sol. La recogemos y la guardamos, seguros de habernos llevado un tesoro de color y fulgor, hasta que, por la noche, cuando la encontramos en un bolsillo olvidado, solo vemos una piedra opaca, sin

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

gracia alguna. ¡No la tires, porque allí está la lección! Llévala otra vez al mar, ponla ante los rayos del Sol, y el milagro de su belleza volverá a reaparecer. ¿Y acaso no podríamos nosotros hacer lo mismo que la piedra? ¿No podríamos renovar nuestra belleza, nuestra ética y nuestra estética, sabiendo entrar en contacto con lo que resalta nuestra luz, en lugar de desgastarnos en la sombra de la ignorancia?

Hablan el árbol y la violeta

Cada planta nos cuenta algo de su historia, de su manera de ser, desde la pequeña e insignificante en apariencia, oculta entre piedras o agazapada en una grieta, hasta el árbol majestuoso de ramas plétóricas de hojas y frutos. Hay que saber hablar con ellos: el árbol nos contará de su sentido del deber y de su alegría al adaptarse a las estaciones, y nos permitirá comprobar que la vida continúa a pesar de los cambios; la planta nos enseñará sobre la constancia para cumplir con su destino allí donde le haya tocado expresarse. Ni el árbol ni la minúscula mata dejan de aferrarse a la tierra ni dejan de alzarse hacia el cielo.

Hablan el mar y el viento

¿Y qué decir del mar? Es grande y poderoso, suave y temible, pero obedece al viento y reconoce la voz que le hace rugir o retornar a la calma.

En el mar no hay caprichos; en todo caso, sí una ley que se nos escapa. ¿Reconocemos nosotros la voz del viento como para seguir sus dictados, o solo actuamos bajo los desordenados movimientos de nuestros vientos emocionales que no conocen más regla que la satisfacción egoísta? ¿Qué diferencia hay entre unos y otros vientos? Que los de la Naturaleza, fuertes o apacibles, siempre tienen un ritmo. Observemos la regularidad de las olas, por enormes que sean; ellas llegan combativas hasta la orilla, donde una vez más obedecen a la tierra o a la roca, para desmenuzarse en espuma; pero llegan con ritmo, con orden, configurando un canto inconfundible.

Hablan los animales

Con los animales y lo que nos pueden enseñar, llenaríamos algo más que estas pocas páginas. Algunos escapan a nuestro conocimiento o nos parecen lo suficientemente salvajes como para no intentar acercarnos a ellos; otros se han hecho nuestros amigos y han aprendido a compartir nuestras vidas, ansiosos de adivinar todo lo que sentimos y de atraer nuestra atención. ¿Sabemos devolver en generosidad y entrega lo que esos animales domésticos nos dan a nosotros? ¿O nos conformamos con sentirnos «superiores»? Hay animales que han reconocido a sus amos, a sus dioses, y como tales nos adoran; son caprichosos por momentos, pero es muy raro que prescindan de su fidelidad.

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Hoy vi un gato negro, de ojos amarillos, inmóvil al calor del Sol, recogido en una roca. Pasé a su lado y traté malamente de imitar su maullido; me clavó sus ojos y respondió de inmediato. No me pasó lo mismo con la dependienta de una tienda donde fui a comprar comestibles...

Hablan el cielo y las estrellas

Está el cielo que se aclara por las mañanas en ese prodigio que siempre sobrecoge a la hora de la salida del Sol. O el cielo de mil colores violáceos a la hora vespertina, cuando el Sol se va. Y el cielo de la noche, con Luna o sin ella, con nubes o sin ellas y con el tesoro de sus estrellas, cada cual en su sitio, cada cual jugando en esa danza universal que intuimos sin entender.

Es el cielo nocturno el que más se asemeja a nuestra vida interior; es la ausencia del Sol la que nos obliga a buscar otro brillo, otras luces en lo profundo de nosotros mismos, a encontrar nuestras estrellas, porque al Sol lo reconocemos más o menos como la energía que nos mantiene vivos.

Las estrellas nos dan nuestra medida: ni grandes ni pequeños. Somos como ellas; depende quién nos mire para considerarnos de una forma u otra.

Las estrellas, sin embargo, nos hablan de inmensidad y nos abren el alma para ensanchar nuestras posibilidades...Y me pregunto en cuántas estrellas hay también seres que viven como nosotros, esperando llegar a su destino.

Ya vemos que no es complejo leer en la Naturaleza cuando uno mismo es parte del libro y cuando muchas veces, con nuestra propia vida, escribimos alguna que otra línea o dejamos un punto de luz en el cielo.

Catástrofes naturales

Los últimos años han sido ricos, para desgracia humana, en catástrofes de todo tipo: tornados, huracanes, ciclones, lluvias torrenciales, inundaciones, volcanes en erupción, vientos desatados...

La pregunta nos asalta de inmediato: ¿por qué?, ¿por qué pasan estas cosas y justamente allí donde más daño hacen?

No debemos creer que estos fenómenos son un producto exclusivo de esta época. Han existido siempre, aunque no siempre hayamos guardado memoria de ellos; más bien, aquellos lejanos desastres hoy se confunden con mitos. Sin embargo, ¿no fueron cruentas catástrofes las que señalaron el paso de un período a otro de la larga historia del planeta? ¿Qué hay de los rastros de historias según las cuales viejos continentes –como la Lemuria y la Atlántida– fueron tragados por el fuego y por las aguas? ¿Cómo explicar esas violentas glaciaciones que, al parecer, alcanzaron desprevenidos a

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

hombres y animales, algunos de los cuales quedaron congelados mientras hacían la digestión de hierbas recién masticadas? ¿Qué fue de tantas especies vegetales y animales desaparecidas de pronto? ¿Y qué de ciudades de las que apenas sí quedaron rastros, o a veces ni señales, salvo los relatos de aquellos tiempos? El egocentrismo humano nos hace ver el problema de hoy como el único y el más grande, pero no es así.

Si admitimos que nos encontramos en la corriente de evolución, debemos considerar que todas las circunstancias en las que nos hallamos son justas para nosotros

Helena P. Blavatsky

Caminar o dejarse arrastrar

Una cosa es dejarse llevar y otra es caminar por los propios medios: esto último es, en palabras de la frase antes citada, admitir que nos encontramos en la corriente de la evolución. Es percibir que la vida no puede ser un conjunto repetido e inútil de circunstancias, de las cuales la mayoría nos produce más dolor que placer. Al contrario, cada acontecimiento, por nimio que parezca, cobra un significado especial y nos transmite una enseñanza justa, la que necesitamos en ese momento de nuestra existencia.

¿Qué quiero hacer con mi vida?

Cada cual debe poder responderse sobre lo que busca en su propia vida. Es imposible andar si no sabemos adónde queremos llegar.

¿Qué quiero hacer con mi vida?: esa es una pregunta esencial. Y si no tenemos una idea clara al respecto, ¿qué victorias pretendemos alcanzar?

Una vez que hemos establecido el punto de llegada, nos queda algo no menos importante: trazar el recorrido. No es suficiente con mirar al cielo; hay que construir una escalera que nos lleve hasta allí.

Aquí entran en juego los pequeños-grandes objetivos, las victorias cotidianas que, sumadas y potenciadas, nos permitirán llegar a la meta ansiada.

¿Por qué hemos nacido en este mundo, en este momento?

¿Por qué hemos nacido en este mundo, en este momento y no en otro? Porque es lo justo, bien sea por necesidad personal de experiencia o por necesidad de ayudar a los demás en base a la experiencia que podemos haber acumulado en otros tiempos. Es probable que hayamos vivido muchas veces, en muy variadas circunstancias, algunas

buenas y otras no tanto, pero en cada oportunidad hay algo que aprender y algo que hacer.

Nosotros hemos nacido en el momento más apropiado: aquí y ahora, exactamente cuando y donde nos corresponde actuar. Estamos allí donde nos ha conducido nuestra propia alma inmortal.

El secreto de las pequeñas cosas

¿Puedes concebir a un buen orador que se trague la mayor parte de los argumentos y de las palabras, ansioso por llegar a la exposición final de su idea? ¿No es acaso mucho mejor aquel que sabe hablar despacio y con gusto, conduciéndonos de la mano de una idea a otra, hasta desembocar en la corona final? ¿Diríamos que las palabras que conforman una pieza oratoria son rutinarias y aburridas?

Presta atención a las pequeñas cosas; ellas tienen su propio lenguaje, su propia expresión. En cada pequeña cosa hay una gran esperanza latente. Sé cuidadoso con los detalles; no los desprecies por muy insignificantes que parezcan y por mucho que pasen desapercibidos ante los demás. Respétalos y respétate: respeta lo que tú ves y lo que tú sabes que debes hacer; respeta las cosas pequeñas escondidas en los rincones del tiempo o del espacio, pues ellas son el soporte invisible de las grandes cosas.

Los regalos de la vida

Todos le pedimos cosas a la vida. Cada cual, a su manera, quiere conseguir algo especial. Pero, en nuestra ingenua ignorancia, consideramos que la vida nos debe ese obsequio, que por el solo hecho de existir ya tenemos derecho a recibir.

Suponiendo que la vida nos hiciera regalos, nos encontraríamos con las siguientes consecuencias.

Un regalo no nos cuesta nada. Por eso mismo, lo que haremos finalmente es pedir más y más.

Las cosas que no cuestan nada, no se valoran. Es decir, tienen un valor, pero no lo conocemos ni nos importa.

Las cosas regaladas aumentan el falso sentido de las posesiones, de aquello que es «nuestro».

También aumentan la vanidad, porque uno se convence de que merece eso y mucho más todavía.

Las cosas regaladas no significan ningún esfuerzo, excepto –y en el mejor de los casos– el de dar las gracias a quien nos las concede.

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Las cosas regaladas merman el sentido de la generosidad. El que se acostumbra a recibir, se vuelve lento para dar.

La vida y la muerte

La vida no es una burla cruel de ningún dios, personal o impersonal, decidido a divertirse con el dolor de los humanos. La vida es una corriente de energía que nos permite, nos ha permitido y nos seguirá permitiendo expresarnos de mil maneras diferentes para completar nuestras experiencias. Por eso mismo, no es burla llegar al mundo manifestado, ni es burla dejarlo para marchar a otros planos.

Puede ser que la muerte nos haga temblar un poco, por dentro y por fuera. Pero una vez ante ella, veremos que la vida continúa. Solo que no podemos pedirle a la muerte lo que no hemos tenido en la vida: reforzemos, pues, nuestras ideas, nuestras vivencias, nuestros sentimientos profundos, nuestra voluntad, nuestra capacidad de reconocer y recordar, nuestro anhelo de seguir hacia adelante, de afrontar cualquier dificultad con el espíritu sereno.

Entonces sabremos ayudar a los que mueren y sabremos emprender nuestro propio viaje con valentía.

La vida es como un río

Deberíamos aprender asimismo de la vida, que corre continuamente hacia su destino. Aunque no conozcamos –ni podamos comprender– el sentido absoluto de todo cuanto ocurre, la vida sigue un rumbo y un ritmo, es como un río que jamás se detiene...

La vida y sus frutos: ideas firmes

En verdad, la vida es un ejercicio invariable de entrenamiento y mejora. Sin embargo, también es verdad que de ese ejercicio deben surgir algunos resultados concretos: algunas ideas firmes que sirvan de base a nuestra existencia, para seguir construyendo sobre ellas. Cuando esas ideas firmes se convierten en valores que rigen nuestros sentimientos y nuestra conducta, se advierte la seguridad interior del ser humano que camina por sus propios pies, aunque ensaye nuevos senderos.

Lo malo es que no tengamos ninguna idea rectora, nada que nos pertenezca realmente. En este caso, la persona queda al arbitrio de los vientos de la opinión. En su intento por agradar, por conseguir la aprobación de su medio circundante, hoy hace una cosa y mañana otra, hoy alaba una idea y mañana la opuesta, hoy proclama un sentimiento y mañana lo contrario.

Nunca te compares con nadie, pues la perfección absoluta de cada ser radica únicamente en su comparación consigo mismo
Helena P. Blavatsky

¿Iguales o diferentes?

La igualdad está en nuestros espíritus, en la meta hacia la que nos encaminamos, en las enseñanzas que compartimos, en los espacios en los que trabajamos. Y tantas cosas más, similares a estas citadas. Confiamos en que estas igualdades esenciales favorezcan la sana convivencia y puedan limar las asperezas que surgen de las naturales diferencias, que no se pueden obviar ni ocultar.

¿Es que somos desiguales en algo? Sí, en muchas cosas, sin que esto deba interpretarse como una ofensa. Somos desiguales en sexos, en edades, en educación recibida, en factores personales de desarrollo, en gustos, en la forma de expresarnos, en ritmos de trabajo... y en docenas de puntos más en los que no podemos establecer similitudes por el solo hecho de imponerlas. Sabemos que estas diferencias no afectan al espíritu esencial, pero sí lo hacen con la personalidad y, por desgracia, solemos trabajar diariamente mucho más con la personalidad que con el espíritu, es decir, con las diferencias y no con las igualdades.

Hay que entender que, fuera de los valores esenciales, los humanos somos diferentes y esas diferencias merecen una atención, una comprensión, para poder llegar por fin a un respeto.

¿Podemos trabajar en equipo?

La dificultad para trabajar en equipo es un rasgo de egoísmo. Y el egoísmo es una traba decisiva para el propio trabajo interno. El que no sabe convivir con otros tampoco sabe vivir consigo mismo. Lo que no consigue entre los demás, tampoco lo conseguirá para sí.

¿Criticar a los demás o dar ejemplo?

Cuidémonos de los que exigen ejemplos pero no los dan: son los mismos que jamás usan lo que venden ni aplican lo que enseñan; en otras palabras, son engañadores.

**FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN**

Cuidémonos de los críticos permanentes, porque no son buenos para obras de largo alcance ni para construir el futuro; solo valen para socavar lo que otros hacen. Cuidémonos, más bien, de dar buenos ejemplos y no nos preocupemos tanto por los que ofrecen los demás.

El débil y el fuerte

Solo los débiles se amparan en las diferencias; se hacen fuertes en ellas, pues no tienen otro método para afirmar su personalidad.

El fuerte, el que se siente firme en sus convicciones y humilde en su andar por el sendero, no pierde ni una migaja de seguridad por acercarse a todos y compartir algo con todos, pues todos tenemos algo que dar y algo que recibir.



Buscando huellas...

Todos los pueblos, a lo largo de la Historia, han tenido magníficas expresiones en uno u otro sentido, y el estudio en profundidad de todos ellos permite comprobar que son muchas más las similitudes que las discrepancias. Pero hay que estudiarlas antes que rechazarlas de plano. Todas esas expresiones del alma, bien sea en el campo de las religiones, del arte, de la ciencia o de la filosofía, han tenido una razón de ser, un contenido trascendente que no podemos despreciar.

Los fanatismos: un ataque a la Humanidad

La Historia está llena de errores –algunos más graves que otros–, de crímenes y de injusticias, de ideas enfrentadas y fanatismos sin tregua. Pero así es la Historia, es nuestra historia, la de los hombres; es la huella que vamos trazando en el tiempo y en la que a veces se nota un intento por enderezar el camino.

Abrirse paso en la Historia es muy difícil, sobre todo para aquellos sabios que lo hacen con la clara visión de la verdad, para aquellos que viven el futuro antes de tiempo y tratan de que sus contemporáneos los comprendan.

El caso de Galileo es conocido, pero debe de haber otros muchos galileos más oscuros y olvidados, cuyas batallas perdidas no merecieron ni siquiera un juicio sonado, ni el castigo que roza la muerte. Hubo muertes calladas y muertes denigrantes en que la vergüenza, el insulto, la burla, la incredulidad y el anatema fueron las armas letales. Y no hubo –ni tal vez haya– perdón para esos culpables de querer saber más.

Convicción y fanatismo

Nos interesa aclarar la diferencia que vemos entre convicción y fanatismo para que cada cual pueda juzgarse a sí mismo y a los otros con más precisión.

La convicción es un alto compromiso psicológico, intelectual y moral que surge de un convencimiento progresivo y fundado en buenas razones, en pruebas, en experiencias, en modelos y bases de apoyo.

Una persona con convicciones demuestra una salud integral, una seguridad en sí misma envidiable, un saber de dónde viene y hacia dónde va que le permite moverse con equilibrio y sensatez. Las convicciones nacen del ejercicio constante de nuestras

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

capacidades interiores y de la transformación de las opiniones móviles en juicios estables.

No es anquilosamiento ni estancamiento; al contrario, quien tiene convicciones vive al ritmo de las Ideas, pues estas tienen una energía propia y un ritmo natural de desarrollo.

Una persona con convicciones es tolerante. Es firme en lo suyo, pero deja lugar a los demás. No desprecia a quienes piensan de manera diferente, sino que siempre muestra buena disposición a escuchar. Posee una tolerancia activa: oír a otros, exponer y defender sus propios pensamientos, sin herir, sin insultar. Sabe crear espacio para sí misma y para los demás. Abre espacio, lo genera, lo reconoce, no invade otros espacios, no atosiga, no inquieta ni maltrata a los que están a su alrededor. No se impone tiránicamente ni se considera la culminación de todas las perfecciones. Su convicción es la que le ayuda a avanzar, a ser cada vez un poco mejor.

Una persona fanática, en cambio, piensa poco y nada. Asume lo que otros le dan como bueno y desarrolla, más que sentimientos, pasiones incontrolables que le arrastran a acciones inconscientes de las que ni siquiera se arrepiente porque no puede valorarlas.

El fanático sólo conoce una idea. Digamos mejor que sólo acepta una idea, aunque no ha llegado a esa aceptación por propio convencimiento...

El fanático es intolerante por definición. No acepta ni siquiera la existencia de quienes puedan sentir y pensar de otra manera; por eso, intenta eliminarlos como sea, y la muerte y la tortura son algunas de las terribles muestras de esta actitud. El fanático no escucha, es incapaz de dialogar. Solo grita en voz alta sus propios principios para aturdirse con su voz y no dejar espacio a ninguna otra opinión. Le basta y le sobra con lo que tiene. Lo demás es despreciable, no existe, o debería dejar de existir.

El fanatismo es la raíz misma de la tiranía.

Es cierto que debemos convivir con muchos –demasiados– fanáticos, pero no podemos caer en la copia inconsciente de esa aberración, por mucho que el absurdo que nos rige haga que ocupe más tiempo y espacio que las obras nobles y productivas para la Humanidad.

Debemos mantener nuestra integridad moral, y convertirnos en seres humanos cabales y con auténticas convicciones.

¿Civilización o sociedad de consumo?

Casi con vergüenza llamamos «civilización» al estilo de vida que nos rige, y en un mundo tan variopinto como el nuestro, nunca sabemos a qué forma de civilización debemos referirnos... Es una fórmula netamente materialista en la que el síndrome de las

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

posesiones, el consumo, la eterna juventud corporal y la falta de preocupaciones son las máximas aspiraciones.

En nuestras aceptadas «sociedades de consumo», los niños crecen aprendiendo que valen por lo que tienen (ellos o sus padres) y no por lo que son. Los valores morales no forman parte del mencionado «consumo»; nadie los usa, nadie los requiere ni nadie los aprecia. Por lo tanto, la cuestión es poseer objetos materiales costosos y ampliamente publicitados, o bien gozar de situaciones de prestigio personal que, a la larga, se apoyan también en posesiones materiales: un título, un cargo, un lugar destacado entre los demás.

¿Cómo resultarán las nuevas generaciones educadas con semejantes criterios? Jóvenes cómodos, apegados a la tranquilidad que encuentran en sus casas, hecho que también está comprobado por las estadísticas: cada vez son más los que prefieren vivir en el hogar junto a sus padres, no por el sentimiento de unión familiar, sino por la comodidad que esto representa. Nos tendremos que ver con jóvenes débiles ante la vida, acostumbrados a tenerlo todo servido en bandeja, a no hacer frente a ninguna dificultad y, lo que es peor, a estudiar minuciosamente cómo evitar cualquier dificultad.

La irresponsabilidad inconsciente

Esta afirmación puede parecer contradictoria, ya que la evasión de la responsabilidad aparenta ser una búsqueda consciente por parte de la gente. Pero, como filósofos, no podemos admitir que sea la conciencia, la verdadera conciencia humana, la que llame a las puertas de la evasión de toda responsabilidad.

Hoy los compromisos se conciben como la peor «enfermedad» que se pueda padecer y, en ese sentido, se prepara a niños, adolescentes y jóvenes para «ser libres», para no atarse a lazos innecesarios. Lástima que los que se consideran innecesarios son justamente los únicos compromisos que nos dan el honroso título de humanos. Comprometerse con un horario de escuela, trabajo o facultad; no faltar a citas sociales o a encuentros para pasar el rato, no son verdaderos compromisos al lado de aquellos que exigen abrir los ojos del alma, reconocerse a sí mismo, saber encontrar el sentido de la vida y el papel que venimos a jugar en el mundo cada uno de nosotros, papel que debe redundar en el propio beneficio moral y espiritual y en el avance evidente de las civilizaciones.

La responsabilidad

Basta con echar una mirada a la Naturaleza para recibir verdaderas clases de responsabilidad. Nada en ella, ni una piedra, ni un árbol, ni un animal, ni las estrellas, ni las galaxias escapan de su destino; al contrario, lo cumplen con una regularidad tan maravillosa que la falta a esta regla es considerada como un «fenómeno» y es consignada por todos los observadores científicos y por los ávidos de noticias.

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

¿Puede entonces el hombre escapar a la responsabilidad? Al contrario. Lo justo sería que, desde el principio, los niños supieran que han venido a un mundo que espera mucho de ellos y que deben empezar a cumplir con pequeñas tareas, las suyas, las maravillosamente suyas que nadie les puede arrebatar y que nadie puede cumplir en su lugar. Así se haría realidad la presencia de una juventud saludable en cuerpo y alma y de una adultez madura, serena y capacitada para vivir la civilización en lugar de verla deslizar cómodamente desde la ventana de los televisores.

Comprometidos con lo efímero y superficial

Es interesante llegar a reconocer que, le guste o no a la gente, de hecho está comprometida –solo que inconscientemente– con muchísimas cosas de las que no puede escapar, y tan bien maquilladas que jamás muestran su verdadero carácter de trampas o prisiones.

* Existe el compromiso con las modas, al punto de que, a pesar de no quererlo, uno termina por ceder compulsivamente a lo que la mayoría lleva, sea en el cuerpo, en la psiquis o en la mente.

* Existe un compromiso con los miedos que se nos han ido metiendo dentro. Todos temen un conjunto de males que consideran inevitables –los males sociales de nuestro tiempo– y compulsivamente deben reaccionar ante ellos, sea con la huida o con la agresividad.

* Existe el compromiso con las ideas de los demás. Cuando una idea, la que sea, y sobre todo si gana el mercado de la opinión, se impone, es casi imposible ponerse en contra, a riesgo de ser llamado loco, reaccionario, sectario o cosas parecidas. Por otra parte, a quien por falso espíritu de libertad no ha desarrollado su propio criterio, le resulta muy difícil advertir cuándo piensa por sí mismo o cuándo lo están empujando, sin notar la mano que presiona en su espalda.

* Existe el compromiso con la debilidad (no hagas nada, deja que hagan los otros) y los vicios disfrazados de virtudes (¿qué tiene esto de malo cuando todos lo hacen y no les pasa nada?).

* Existe el compromiso con la ignorancia. La desinformación –o la información manipulada– hacen que nadie sepa lo que pasa de verdad en ninguno de los ámbitos, aunque tampoco tiene medios para llegar a ese análisis razonable.

* Existe el compromiso con la inestabilidad, como si fuera la marca de reconocimiento de nuestra época, y con los cambios por los cambios sin más. No hay metas fijas ni claras. Hay palabras para entusiasmar hoy, y mañana ya veremos... Mañana cambiaremos, porque esa es la única señal aceptable de avance, no importa hacia dónde se dirija el cambio, si es que tiene alguna dirección.

El verdadero compromiso

Nos reafirmamos en la idea de que el filósofo no teme el compromiso sino que, al contrario, lo convierte en una herramienta inteligente de acción para apoyarse y avanzar. Teme, eso sí, la falsa libertad que produce el efecto de un somnífero fatal.

Más vale un compromiso consciente que una pseudo-libertad inconsciente. La segunda, tarde o temprano se convierte en una cárcel de la que uno no puede evadirse. El compromiso es un cauce para canalizar la corriente del río de nuestras vidas. Seamos libres: sepamos elegir, sepamos asumir nuestros compromisos con alegría y confianza en nosotros mismos. Así lo hicieron todos los grandes sabios y maestros que hoy señalan calladamente el rumbo que ha de seguir la Humanidad.

Pesimismo u optimismo

No podríamos encontrar soluciones o construir un mundo nuevo y mejor si no fuésemos conscientes de las dificultades que debemos enfrentar.

La denuncia valiente de los problemas que nos aquejan no es pesimismo. Al contrario: pesimismo es aceptar esos males como inevitables y someterse a un destino inexorable ante el cual la voluntad humana nada tiene que hacer.

Tenemos una fe absoluta en las potencialidades humanas que subyacen dormidas en la mayoría de los casos; todo es cuestión de activarlas adecuadamente. Del mismo modo, conscientes de los ciclos de la Historia, sabemos que tras un período confuso y violento, aletargado para los valores espirituales y exaltado por las ambiciones materiales, ha de venir otro período en el que renazca la cordura y el sentido de fraternidad que hoy están escondidos.

Nos interesa ver las cosas tal como son, enfrentar la realidad y asumir el hecho de haber nacido en este mundo y en este momento histórico. Nos cabe la responsabilidad de actuar en la medida de nuestras posibilidades y sentirnos parte de nuestra sociedad, con sus virtudes y sus defectos.



*El que no sabe convivir con otros
tampoco sabe vivir consigo mismo. Lo que no
consigue entre los demás, tampoco lo conseguirá para sí*
Delia Steinberg Guzmán

La unidad humana

Estamos convencidos de que el alma humana es una en esencia y que no podemos establecer distinciones fundadas en la presentación exterior de los cuerpos. Antes bien, trabajamos por el desarrollo y expresión del alma que muchas veces permanece dormida dentro de unos cuerpos que solo saben enfrentarse o amarse circunstancialmente.

Ciencias, religiones, artes y filosofías: todos los pueblos, a lo largo de la Historia, han tenido magníficas expresiones en uno u otro sentido, y el estudio en profundidad de todas ellas permite comprobar que son muchas más las similitudes que las discrepancias.

Contra la desunión, la confianza

La palabra «unificar» procede del latín *unus* y *facere*, «hacer uno», es decir, reunir varias partes diferentes, aunque coherentes, y conjugarlas de modo que podamos lograr una unidad armónica y homogénea. Es un acto de acercamiento, de conexión que, de no existir, haría que cada una de las partes o de los seres siguieran caminos diversos –cosa que no está mal– pero divididos, desunidos y contrapuestos. Sin ese gesto de unificación, nos tocaría vivir en un perpetuo caos, en el cual sería muy difícil encontrar sentido a la existencia y a sus circunstancias variables.

Precisamente, la enfermedad que se abate sobre nuestro presente histórico –y ya hace bastante tiempo que la arrastramos larvada– es el separatismo, el desmembramiento, la lucha abierta entre facciones que cada vez se hacen más pequeñas, hasta llegar al enfrentamiento de un individuo con otro. Esto se vive en el ambiente político, cultural, religioso, artístico, social, familiar; se percibe en las calles de las grandes ciudades y ya va haciendo mella en los pequeños pueblos. La desconfianza es dueña y señora de los ánimos y eso se revierte en descortesía, brusquedad, irritación, falta de escrúpulos, carencia de sinceridad, egoísmo...

Una buena dosis de unificación es lo que necesitamos todos en general y cada uno en particular. Volver a experimentar la realidad de esa gran familia que es la

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Humanidad, la felicidad de la amistad, de la mutua confianza, del deseo de colaborar y ayudar, de poderse mirar a los ojos otra vez y encontrar verdades luminosas en lugar de sombras temerosas.

La amistad filosófica

Lo que nos falta y queremos recuperar –porque sabemos que nunca ha dejado de existir– es la amistad filosófica, la que entraña un amor al conocimiento del uno al otro, la que pasa por encima del tiempo y las dificultades, la que genera lazos de auténtica fraternidad aunque no haya vínculos sanguíneos de por medio.

Por eso la definimos como filosófica, aunque no la llamemos así en la vida corriente. Es filosófica porque hay amor y necesidad de conocimientos. Es la que hace que dos o más personas traten de conocerse, de comprenderse, empezando por conocerse a sí mismos.

Es la que hace nacer el respeto, la paciencia y la constancia, es la que perdona sin dejar de corregir y la que impulsa a que cada uno sea cada vez mejor para merecer al amigo. Es la que despierta el sentido de la solidaridad, del apoyo mutuo en todo momento, la que sabe soportar distancias y dolores, enfermedades y penurias.

La definimos como filosófica porque creemos que solo compartiendo ideas comunes, metas similares de vida, idéntico espíritu de servicio y superación, puede nacer esa amistad, que no es planta de un día ni nube de verano.

La tolerancia

La tolerancia es indispensable entre todos los seres humanos; salta sobre las diferencias superficiales para apoyarse, al contrario, en las cualidades profundas del hombre, que es el mismo en todas las latitudes, bajo todos los cuerpos y tras las más variadas expresiones de la existencia.

La convivencia empieza por uno mismo

No es fácil separar lo que quiere el cuerpo de lo que exigen las emociones o lo que piden nuestras razones, no siempre claras ni permanentes.

Sin embargo, ese acuerdo entre los factores constituyentes de nuestra personalidad es indispensable. Es una fórmula de convivencia previa que nos permitirá desarrollar luego la tan preciada convivencia con los demás.

Poner paz en uno mismo

Nuestra paz consiste en invalidar nuestros defectos con la fuerza de nuestras virtudes, reducir nuestros aspectos negativos y dejar sitio al potencial de los aspectos positivos, pero latentes.

Es la paz con uno mismo y con los demás.

Es la paz de la convivencia, de la concordia.

Estas son las victorias tranquilas que podemos conseguir de manera cotidiana, sin enojarnos ni con nosotros ni con los otros...

Compartir lo que somos

No hay convivencia posible cuando falta la generosidad del amor y cuando prevalece el sentimiento absorbente del que se considera único en el mundo.

Para convivir hay que ensanchar la conciencia y dar cabida a todos los seres vivos, entender la vida en todas las cosas y concebir la infinitud del universo. Hay que conocer y valorar todo lo que es... Y tener el valor de compartir lo que somos con todos los que son.

Nadie puede lograr su realización si desprecia la realización de los otros.



Preguntas con respuestas incluidas

¿Quiere de verdad recibir una respuesta el que se atreve a hacer una pregunta?

Esto es muy relativo. Muchas veces, el que pregunta ya tiene una respuesta preparada, aunque sea subconscientemente, y espera una respuesta similar que venga a corroborar su planteamiento previo. Si la respuesta no concuerda, en lugar de escuchar, se dedica a elaborar una larga serie de argumentaciones para rebatir lo que se le ha contestado. Ese dismantelamiento sistemático nos lleva a preguntarnos: y entonces, ¿por qué has preguntado?

El que quiere una respuesta de verdad escucha con atención y trata de entender lo que se le dice.

Si uno considera que su propia respuesta es la correcta, absténgase de interrogar por el simple placer de comprobar si los demás piensan de la misma manera. Y absténgase de preguntar buscando la contradicción entre los otros, para saborear luego el orgullo de su criterio personal. Si la respuesta previa no es premeditada, tratemos de percibir el fenómeno: distinguir entre lo que se quiere saber o lo que nos gustaría que nos respondan. Hay que aprender a escuchar, a reconocer el valor de otras ideas, de otras posiciones mentales que enriquecerán la nuestra.

El empobrecimiento del lenguaje

A medida que proliferan los medios de comunicación, que tienen sus normas y estilos de hablar y escribir, y en la medida en que las academias de las lenguas tratan de preservarlas mientras admiten nuevos términos, se advierte, en cambio, a nivel popular, un deterioro en el uso de la palabra. Las conversaciones se reducen a vocablos cada vez más simples y casi onomatopéyicos, por no hablar de expresiones inventadas que se ponen de moda y cuesta reconocer. No todos los locutores de radio y televisión saben emplear correctamente sus propios idiomas. Y lo que se escribe, en muchas ocasiones repite lamentablemente lo mal que se habla.

Sin embargo, el valor de la palabra no ha muerto ni morirá... Hoy echamos de menos la buena conversación –saber hablar y saber escuchar– y el hábito de la lectura, que es decir el uso de la razón y la imaginación. Abundan como nunca las formas más variadas de comunicación, pero curiosamente nos encontramos con algunas de las siguientes situaciones:

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

En la expresión oral, las palabras tienden a reducirse, prevaleciendo las menos elegantes.

Predomina la expresión audiovisual, que reemplaza a la lectura.

Se usa una comunicación rápida y breve, más técnica que literaria.

Otra vez aparecen símbolos, abreviaturas, pero ¿qué valores representan?

La moda hace circular palabras, sobre todo entre los más jóvenes, cuyo único significado está en la complicidad de quienes las usan.

Estamos ante el reinado de lo trivial, por no decir de lo grosero, de las cosas efímeras, destinadas a ser renovadas rápidamente, porque la novedad reemplaza el deseo de conocimiento.

Estamos soportando, tal vez, el exilio de la palabra bien empleada, porque es un arma muy poderosa en quienes saben pensar, hablar, escribir, expresarse bien.

¿Acaso se ha perdido del todo el valor de la palabra, del saber hablar y escuchar, el silencio tranquilo y reflexivo de la lectura?

No lo creemos así.

La creciente incomunicación

Muchas veces hemos escrito acerca del curioso fenómeno que se ha dado en nuestro tiempo, en esta llamada «era de las comunicaciones», en la que precisamente es tan difícil comunicarse de verdad los unos con los otros.

Toda comunicación, y la humana, que es la que nos interesa, se fundamenta en el intercambio de factores vitales; de lo contrario, más que comunicación es simplemente un roce. Pero ¿qué somos capaces de intercambiar?

Viejos hábitos que formaban parte de otros estilos de educación nos ponían en contacto con buenos libros y nos permitían mantener una buena conversación. Leer y hablar, en cambio, hoy son elementos de lujo. Se lee, sí, pero poco y mal y ello influye naturalmente en nuestra manera de hablar.

Por eso van mermando las conversaciones profundas y atractivas, y la relación entre los hombres se reduce –al igual que los lenguajes– a las palabras imprescindibles...

Hablar es una de las formas más hermosas que tenemos para comunicarnos, para transmitirnos elementos vivos, para hacer que los pensamientos y las emociones fluyan de una a otra persona.

Saber conversar

Para conversar hay que tener algo que decir... Hay que tener la atención despierta para echar mano, en cualquier momento, de aquello que es parte de nuestro mundo interior.

Para conversar hay que tener las ideas claras, no enredarse en inútiles repeticiones. Saber cuándo empezamos y cuándo terminamos lo que queremos decir.

Para conversar no hay que tener miedo de las propias ideas ni de las ideas de los demás. Precisamente, la conversación permite ese sano intercambio entre quienes saben sostener sus opiniones, sin por ello dejar de escuchar las razones del interlocutor.

Para conversar, sobre todo, hay que saber escuchar.

Para poder conversar, saber escuchar

El que solo se escucha a sí mismo, el que solo aprecia sus propias ideas y se siente atraído por el sonido de su propia voz, el que no concede importancia a la existencia de otras personas y las usa apenas como pantalla para reflejar sus palabras, jamás podrá conversar ni entablar una saludable relación humana.

Hay que saber escuchar. No hace falta ser mudo ni retraído, sino hacer gala de esa facultad exquisita del que toma en consideración al que tiene delante, al que busca una relación tanto como la busca uno mismo.

Escuchar es un arte: requiere prestar atención, valorar lo que los otros nos dicen, entender por qué nos dicen las cosas que nos dicen, leer en los ojos del que habla tanto como se escuchan sus palabras, colaborar en silencio con gestos que indiquen nuestra activa participación en el diálogo.

Escuchar es poder comparar con lo que nosotros pensamos y tener la oportunidad de calibrar, tras esa comparación, el peso de nuestros pensamientos.

Escuchar es saber intervenir en el momento oportuno, sin interrumpir bruscamente y sin pasar por alto lo que el otro está diciendo. Es responder partiendo de aquello que nos han dicho y formar un hilo inteligente, para que la conversación tenga un sentido, es decir, un principio, un medio y un final.

Escuchar es comprender y comprendernos...

El que es capaz de conversar, alternando ingeniosamente sus intervenciones con las de los demás, el que escucha otro tanto o más que a sí mismo, sabe recoger tesoros en todos los rincones y de todos los minutos de la vida. Desarrolla la observación, la paciencia, el respeto y la capacidad de pensar.

Saber escuchar es la mejor manera de saber hablar.

Saber hablar, saber dialogar

Parece que el poder de hablar nos viene desde muy lejos, pero sin embargo sigue constituyendo una «asignatura pendiente» para muchísimas personas.

No es el caso del simple lenguaje cotidiano con el que nos entendemos más o menos con quienes tenemos a nuestro alrededor. En ese aspecto, no hace falta una gran habilidad para encontrar las pocas palabras con que atendemos a la básica supervivencia.

La dificultad aparece cuando el lenguaje debe expresar lo que pensamos y lo que sentimos. Cuando además de hablar, tenemos que escuchar a otros que también hablan; cuando, en fin, tenemos que dialogar.

QUÉ ES HABLAR. Es utilizar un lenguaje verbal para darse a entender a los otros. Es expresarse con las palabras justas, sin excederse ni quedarse corto, y con suficiente claridad.

Para conseguirlo, antes de lanzarnos a hablar, hay que pasar por dos escalones previos: saber sentir y saber pensar.

QUÉ ES SABER HABLAR. Es el resultado de haber aprendido a sentir y pensar, para expresarlo luego de manera adecuada.

Hablar bien es, además, saber escuchar y saber dialogar.

SABER ESCUCHAR. Quien sabe atender sus propios sentimientos y pensamientos, sabe escuchar los que exponen los demás. Podrá entenderlos mejor o peor, podrá participar o no de ellos, pero sabe imponerse el silencio indispensable para que otros hagan uso del lenguaje.

Saber escuchar es razonar al ritmo del otro, entrar en el movimiento de su mente y de su corazón. Esto no significa, insistimos, que indefectiblemente tengamos que compartir todo lo que escuchamos. Simplemente, significa dominio de sí mismo, respeto y capacidad de convivencia.

SABER DIALOGAR. Es un arte musical en el que se combinan dos o varios instrumentos. Es saber dejar espacio a las voces de quienes hablan y no ocupar todo el tiempo con el sonido de la propia voz. Es esperar el instante exacto para introducir una palabra, es decir, una idea y un sentimiento, y volver a respirar para que los demás hagan sonar sus cuerdas.

¡Difícil arte que no depende de uno mismo!, porque somos dos o más los que tenemos que estar de acuerdo para dialogar.

**FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN**

Pero creemos que es un arte maravilloso, propio del que sabe conducir su sensibilidad y su raciocinio, que sabe hablar, sabe escuchar, sabe aprender, sabe transmitir y sabe comunicarse con los demás.

En el dominio del **SABER HABLAR**, el **DIÁLOGO** es lo mismo que la **CONVIVENCIA** respecto al simple hecho de **SABER VIVIR**.



¿No es evidente que existe o, mejor dicho, tiene que existir, una «inteligencia cósmica», que... actúa en todas las cosas, aun en las para nosotros invisibles e inconcebibles? Existe, entonces, un Plan de Acción que se traduce en una ley universal... Esta Ley o conjunto de leyes es también llamada «sentido de la vida»; es la dirección del sendero de la evolución
Jorge Ángel Livraga

Invitación hacia lo desconocido

Nuestro universo es una unidad coherente y correlacionada. Lo desconocido puede ser mayor, más amplio, más elevado, más maravilloso, más fuerte, más luminoso que lo que conocemos, pero nunca será absolutamente diferente. Debemos ir hacia lo desconocido, es decir, hacia lo que nos falta por saber, no con miedo, sino con la alegría espiritual del que va descubriendo las leyes inexploradas de la Naturaleza y los poderes latentes en el hombre.

Aprendiendo de la Naturaleza

Necesitamos entender que la Naturaleza encierra todos los conocimientos a los que podemos aspirar. En el «Libro de la Naturaleza» se encierran todas las leyes, las que ya creemos conocer y siguen desconcertándonos y las que todavía permanecen inexploradas.

Repetición rima con perfección

La repetición es la ley con que se maneja el cosmos entero. Basta con analizar, por ejemplo, la ley del eterno retorno; basta con advertir los ciclos de manifestación que hacen que las cosas aparezcan y desaparezcan.

La Naturaleza repite insistentemente sus estaciones, sus días y noches; millones de veces la semilla germina en la tierra de la misma manera.

Como parte que somos de la Naturaleza, ¿no seguiremos acaso el mismo ritmo?

Repetir, repetir, repetir... no por aburrimiento, sino por la imperiosa necesidad de la perfección. El que repite no hace siempre lo mismo: lo hace cada vez mejor, se siente crecer en cada nuevo acto de aprendizaje.

El orden natural

El orden no es un invento humano; toda la Naturaleza se mueve según un ritmo visible que es reflejo de un orden, de una Ley. El hombre que se ordena no hace más que seguir los dictados de la Naturaleza.

Si el ser humano evoluciona con orden, sus progresos serán más notables y sus problemas serán menores. No porque no existan los problemas, sino porque sabrá encontrar soluciones factibles dentro del orden en que se mueve.

¿Qué quiere decir ordenar?

Ordenar no es rellenar los espacios: ordenar es poner cada cosa en su lugar y saber encontrar el lugar adecuado para cada cosa.

La ley del karma o las lecciones de la vida

Así como entendemos lo que es blanco porque lo comparamos con lo que es negro, entendemos la Ley por los efectos que ella produce en nosotros, en nuestras existencias.

Cada vez que nos alejamos del camino, nos golpeamos contra sus muros laterales, los que, en su elasticidad, nos devuelven a la senda correcta. Esos golpes pueden ser más o menos fuertes, más o menos dolorosos, tanto como nuestro alejamiento de la Ley. Pero si no fuera por esos efectos dolorosos, no volveríamos los ojos del alma al porqué de nuestro dolor, no nos interesaríamos por la causa de nuestros errores, no trataríamos de evitar equivocaciones ni de analizarlas para encontrar su defecto.

Una cosa es vivir el karma pasivamente, soportando sus correcciones con espíritu resignado, y otra muy diferente es interpretarlo para impulsarnos en la corriente de la vida, en su sentido. En lugar de detenernos en las quejas y el egoísmo que nos lleva a considerar nuestro dolor como el único dolor, en lugar de gozar con la debilidad del «¿por qué a mí, precisamente?», hay que ir tras las causas. Los efectos son una consecuencia; ¿consecuencia de qué?

Recordemos una vez más que el verdadero filósofo no se conforma con las preguntas. El *por qué* es una primera reacción de la personalidad. Lo más importante es la respuesta a las preguntas, llegar a entender la raíz de cuanto nos sucede y dejar de considerarnos los eternos perseguidos por la vida para asumir la naturaleza del que aprende de todo cuanto le sobreviene.

Encontremos las formas que nos definen

Del mismo modo que la energía del cosmos ha generado infinitas formas para dar cabida a sus infinitas modulaciones, así nosotros hemos de encontrar las formas que respondan a nuestros principios morales, a nuestra inteligencia, a nuestros deseos tamizados por la experiencia y a las acciones moderadas por la razón.



La voz de la conciencia

El filósofo requiere la aprobación de su conciencia. Pero, cuidado, no llamemos conciencia a los simples apetitos, a las dudas sin respuesta, a las debilidades, a la sinrazón. Para que la conciencia pueda hablarnos y señalarnos lo que es conveniente o no, antes debe despertar como tal conciencia. Antes, uno debe haberse cultivado en el desarrollo de la fortaleza moral, del discernimiento, de la catarsis de los sentimientos. Debe haber actuado y haberse equivocado sin miedo a reconocer los errores, sin miedo a rectificar lo que no es válido. Debe haber pasado por muchas pruebas para reconocer esa voz interior como algo íntimo, estable, consustanciado con su verdadero ser, voz que no se altera con el clima de las pasiones ni de las modalidades cambiantes.

Intuición y mística

Por mística no entendemos una simple actitud contemplativa, sino una visión intuitiva e inteligente del mundo, que nos transforma y nos lleva a actuar en consecuencia, de acuerdo con las leyes naturales.

¿Cómo se logra esa visión intuitiva e inteligente? Indudablemente, es una visión o percepción que rebasa lo intelectual y racional. Es el alma quien percibe, es el aspecto más elevado de nuestra conciencia la que puede desvelar paulatinamente los Misterios. Los antiguos egipcios explicaban que los Misterios se intuyen o se perciben con el corazón, ese corazón especial que constituye el alma humana. Extraemos del libro **EL MUNDO MÁGICO DEL ANTIGUO EGIPTO**, de Christian Jacq, las siguientes palabras:

«... el centro de las percepciones más finas es el corazón. No es el órgano en sí, sino el centro inmaterial del ser...».

El corazón nos permite sentirnos unidos a la Naturaleza entera, a todos los seres, y percibir una misma energía en todo y en todos, aunque adaptada a las diversas formas y circunstancias. De este modo es más sencillo entrar en contacto con el propio espíritu, con Dios... y romper las terribles barreras que, según la mente, separan la vida de la muerte. La energía es una y permanente.

Actuar con el corazón

El corazón representa nuestro punto medio: no es el plano emotivo o sentimental, sino la mente con emociones o la emoción con pensamientos.

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

El corazón es el alma, lo que nos «anima»: sentimientos e ideas; es el intermedio humano entre nuestro espíritu, aún no conscientemente actualizado, y la materia de nuestro cuerpo.

El corazón es el eje, un punto de estabilidad si sabemos combinar las exigencias corporales y las realidades espirituales.

En la fuente del entusiasmo: la intuición

El auténtico entusiasmo es mucho más que una emoción, aunque las emociones pueden llevar a él, si son cuidadosamente dirigidas.

Ese entusiasmo superior vive en un plano más alto, donde reside la intuición, en la fuente misma de la inspiración sagrada. Por eso es «Dios en nosotros», la inspiración divina o aquello que los dioses inspiran en nosotros. Las intuiciones surgen como una chispa inmediata de comprensión total y profunda; son de fuego, como las emociones, pero de un fuego mucho más estable porque no está sometido al devaneo de la psiquis ni al juego de las dudas de la mente.

La sabiduría

La sabiduría no es llenarse la cabeza con ideas que nunca se aplicarán (por miedo, por cobardía, o por comodidad); sabiduría es aprender a vivir, a evolucionar, llegar a sentirse más firmes y seguros.

Es evidente que para llegar a la sabiduría hay que atravesar muchos caminos desconocidos, hay que abrirse paso por la intrincada selva de las experiencias. Quedarse atrás por miedo, creer que evitaremos estos encuentros con lo desconocido es, apenas, aplazar el sentido inexorable de la vida, y vivir lo que nos queda por delante con la sombra permanente del temor, de lo que se pudo hacer y no se hizo...

La vida es un tesoro de sabiduría cuando se aprende a vencer el miedo en cada paso. Se trata de tu vida, de tus pasos. No tengas miedo.

El cofre de oro de los mejores recuerdos

Todos tenemos, más profunda o superficialmente escondido, un baúl de recuerdos, algunos agradables y reconfortantes, otros melancólicos e hirientes. Pero son todos nuestros y los queremos como tales porque forman parte de ese tesoro que son las experiencias, los hechos que hemos vivido y que se nos han vuelto imborrables. Nadie guarda recuerdos anodinos e indiferentes al corazón. Un tesoro puede ser de oro o de hierro, pero vale por lo que representa.

FILOSOFÍA PARA VIVIR
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Allí, en ese baúl de recuerdos que se agranda con el paso del tiempo, encerramos nuestras joyas más preciosas, que brillan con solo evocarlas y que conservan el peso de lo válido y permanente. Es nuestro particular cofre de oro.

Tú puedes formar cadena...
tú puedes construir el futuro

Lo nuestro es comprender. Nuestra comprensión ha de ser puente; lo nuestro es querer saber más; lo nuestro es conocer la verdad, nuestra verdad y la de los demás; entender lo que somos todos y lo que somos cada uno de nosotros; tener piedad por todos nosotros y tener piedad por cada uno de nosotros. Y extenderla como un río, porque será la única forma en que logremos unir hombre con hombre, corazón con corazón, alma con alma, hasta que ese conjunto pueda recibir el digno título de Humanidad, hasta que la Humanidad entera pueda estar unida con Dios. La cadena empieza con cada mano que se une con otra mano, y la cadena –al menos para nosotros, en esta dimensión y en este momento– terminará cuando todos, en conjunto, podamos sentirnos fuertemente ligados a la Divinidad.

